

sia, los de los niños y los de los padres de familia;

inmoral; porque suprime al mismo tiempo que la noción de Dios, el principio y la sanción del deber;

antisocial, porque trastorna las ideas de justicia, y tiende á cegar en las almas las fuentes de la abnegación, es decir: las creencias santas.

La escuela neutra, *como tal*, precisamente porque es peligrosa por sí misma para la fé de los niños, está condenada sin apelación.

Y esto basta!



Segunda parte.

La Resistencia.

I.

Necesidad de la resistencia.

Condenar lo que el Papa condena es nuestro primer deber; pero no es este el único: es preciso obrar, es preciso luchar.

“*Oponerse á la escuela sin Dios*”—que esta frase nos sirva de bandera. Que esa frase, con la emoción que provoca tan justamente en los corazones, encuentre eco en todas partes: en las ciudades, en las villas, en las aldeas, en las chozas aisladas de las campiñas.

El enemigo ha contado con nuestra atonía y nuestra inacción: tócanos mostrarle que se ha equivocado. Cuando la patria está en peligro, se dice, todo ciudadano debe convertirse en soldado. Nosotros, con mayor justicia debemos decir: cuando la religión se ve amenazada; todo cristiano debe convertirse en apóstol. Combatir sin tregua ni descanso, y por todos los legítimos medios es para él el mas santo de los deberes.

Allá en otro tiempo, cuando se trataba de arrancar de las manos de los infieles el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, se vieron hombres de toda ge-

rarquía, de toda condición social que renunciando á la tranquilidad de sus hogares, se lanzaron á las Cruzadas, saliendo del suelo querido de la patria, para alistarse en la Santa empresa al grito de: "Dios lo quiere."

Entre esos hombres, muchos habían vivido en paz, rodeados de la estimación de sus conciudadanos. En aquellas lejanas guerras, no buscaban sino satisfacer el generoso impulso de sus almas, y hacer méritos para ganar el cielo. Otros por el contrario, á falta de un pasado sin reproche, se sentían movidos por la idea de reparar las faltas de su juventud.

Peleaban con valor, para expiar una indiferencia demasiado prolongada, para lavar con su sangre sus pasadas culpas.

Para todos, las filas de las huestes santas estaban igualmente abiertas; antigua ó nueva, la abnegación por la cruz de Cristo se aceptaba con la misma benevolencia por los jefes que dirigían la expedición.

Hoy, la hora de una nueva cruzada ha sonado ya. ¿Quién se atrevería á sostener que es menos noble que las precedentes? Es el templo de Dios vivo, son las almas de los niños cristianos bautizados, las que se deben sustraer á los odios de los sectarios impíos del ateísmo ¡es la fe de la Francia la que está en peligro!

Que todos los cristianos que saben tener una arma en las manos, se levanten y se reúnan para el combate: combate por medio de la oración; combate por medio de la pluma y de la palabra; combate bajo todas las formas y lucha de cada instante. No hay un solo hombre que no pueda, ya por un acto

cualquiera, por un consejo; por una simple palabra dejada caer al paso, contribuir á la victoria definitiva.

Pero una vez estando ya en el campo de batalla, nada de rivalidades, ni de envidias, que hay lugar para toda clase de sacrificios y de trabajos!

La Francia necesita á todos los que la aman, y Dios jamás rechaza las buenas voluntades.

Llamamos á nosotros á todos los denuedos, á toda inteligencia enérgica y á todos los hombres honrados, para que defiendan á sus familias contra la invasión de la impiedad.

Ya diremos luego cuales son los deberes de cada uno, pero desde ahora queremos invitar con urgencia á los laicos que por su misma situación, disponen de mayor influencia en el terreno social.

Aquellos que se intitulan hombres de negocios, los abogados, los notarios, los médicos, los comerciantes, pueden servir utilmente á la causa común. Desengañar á aquellos que están descarriados por los sofismas, despertar á los corazones indolentes, afirmar las voluntades vacilantes, es una parte de sus deberes. ¡Que las cumplan sin tardanza y sin temor! Puesto que su posición independiente les pone al abrigo de todo peligro, la pusilanimidad que es culpable siempre y en todas partes, sería en ellos una cobardía y una gran traición.

La hora de la lucha, es la hora de la reparación para muchos; y para todos seguramente, es la ocasión del mérito.

II.

Medios para resistir--Primer medio: la vigilancia de las escuelas laicas.

Este medio que está indicado por la Congregación de la Propaganda, á los Obispos de los Estados Unidos, y recomendada mas recientemente por la sociedad de educación y enseñanza que funciona en Paris, se presenta naturalmente cuando se trata de organizar la resistencia.

Se nos ha prometido la mas estricta neutralidad. Pues comencemos por ver lo que de *hecho* está pasando en las escuelas; y que "los padres de familia se hagan mostrar los libros y los cuadernos que se estudian; que interroguen ó hagan intorrogar á sus hijos acerca de las lecciones orales que se les dan.

De seguro que esos medios son excelentes; y nada deseamos tanto como el ver que se funda esta nueva y santa inquisición para la defensa de la fe en las escuelas. Mas no se debe confiar mucho en la eficacia de este medio, que aunque obligatorio, nos parece no ser del todo satisfactorio.

La averiguación que se intente hacer así, no alcanzará en la mayor parte de los casos, á la enseñanza que provenga de las palabras, de las actitudes, de los ademanes y de los cuadernos que, por una previsión hábil, el maestro consigne ó haga durante las clases. No podría ser practicada suficientemente, ni por los padres de familia que pertenezcan á las clases trabajadoras, ni por los curas que están en contacto diario con los niños, y á los cuales está prohibida la entrada á las escuelas; ni por algún laico influente, porque hay pocos de estos

preparados para ejecutar esta obra, por otra parte muy meritoria. Estos medios correrían el peligro de estrellarse ante las reticencias, mas ó menos calculadas de los niños, á los que los primeros ataques del mal ponen ordinariamente mudos.

Suponiendo, por otra parte, que el resultado apetecido se lograra y que la impiedad que se ocultaba tras de un velo quedase descubierta, aun así las reclamaciones dirigidas á los inspectores, reproducidas por la prensa, apoyadas si se quiere por los miembros católicos de ambas cámaras, pudieran obligar durante algún tiempo á los maestros á corregirse y moderarse; mas no por esto se tornarían mas respetuosos hácia vuestras creencias, ni repararían las ruinas causadas en las almas de los niños.

A la hora que esto escribimos, es notorio que la neutralidad prometida, ha sido audazmente violada en todos los departamentos, sin excepción. Y, á pesar de esto, ni uno solo de los institutores, por ese solo motivo, ha sido destituido: algunos han sido depuestos, pero para colocarlos en otra parte con mayores ventajas.

III.

Segundo medio: la fundación de escuelas libres, ya sean parroquiales, ya centrales.

En la escuela laica, sustralda; como lo hemos visto, á toda especie de vigilancia, y á toda inquisición seria y eficaz, pueden surgir los mas amargos desengaños, y la fé de los niños quedar á la merced de los institutores mas ó menos anticristianos.

Necesitamos, pues, tener escuelas nuestras, en las que la religión tenga el primer lugar, en las que el

niño no tenga mas que levantar sus miradas para encontrarse con la imagen del Crucificado; en las que le sea permitido arrodillarse para hacer antes y después del trabajo una devota oración.

Esto es lo que han comprendido perfectamente los católicos de todos los países sometidos á la *neutralidad*. En Holanda, en los Estados Unidos y en Bélgica especialmente, para neutralizar los efectos desastrosos de la ley, los Obispos y los sacerdotes no han encontrado cosa mejor, que provocar la fundación de las escuelas libres.

Este medio de resistencia es, en efecto, el mas eficaz, y una de nuestras mas grandes obligaciones.

Pero en un trabajo como el presente, destinado á ilustrar las conciencias, en un momento de crisis espantosa, no podemos intentar, arrebatarse, por decirlo así, por sorpresa el asentimiento general.

Queremos, ante todo, contribuir á que se produzcan convicciones sólidas, de las que puedan surgir obras duraderas; y por esto creemos necesario estudiar en detalle la parte de deberes que se impone á cada uno.

Hablaremos, pues, en diferentes párrafos, de los deberes de los sacerdotes, de los de los fieles en general, y de los de los padres de familia en particular.

VI.

Deberes de los sacerdotes: orar, hablar, obrar.

A los sacerdotes nos dirigiremos en primer lugar, porque de su iniciativa depende el movimiento de resistencia que se trata de propagar ó de promover.

La influencia preponderante que los curas tienen

por su carácter y por su situación, hace que, en los momentos difíciles, las miradas de los católicos se vuelvan hácia ellos en busca de dirección y de apoyo. Cuando aquellos caminan con resolución la mayor parte de la población les sigue. ¿Se conforman con ser inactivos? Entonces hay algunos, justo es confesarlo, que á veces dejan oír algo como un murmullo que parece una protesta del valor contra la cobardía, de la energía contra la debilidad y la muerte; pero bien presto todo vuelve al silencio y a obra de la corrupción se cumple.

A cualquier precio quisiéramos ahorrar á nuestro país el espectáculo de esos desmayos, cuyas consecuencias funestas son incalculables; y supuesto que el justo sentimiento del deber, es la primera condición de la acción, no vacilamos en decir á nuestros obispos colocados al frente de las parroquias: "*La obligación de fundar escuelas libres, cuando esto sea lo mas seguramente posible, es, para nosotros un deber muy grave de justicia y de caridad*"

Un cura, por su misión, está obligado á trabajar por la salud de las almas que le están encomendadas, y debe poner en juego los medios propios para lograr ese fin. La oración, la administración de los sacramentos, la predicación, se cuentan en la primera fila de esos medios; y todos saben que no es posible suprimirlos sin cometer una falta grave.

El deber se origina á que por el contrato tácito que liga al pastor con sus ovejas, y esta regla general se puede formular así: "mientras mas útil sea una obra para la salud de las almas, más obligación hay de ejecutarla".

¿Quién no ve que la fundación de las escuelas li-

bres tiene todo el carácter de una obra esencialmente útil, y aún necesaria?

Con la enseñanza separada de toda religión, la fé de los niños esta seria y gravemente amenazada; el porvenir de las poblaciones, comprometido.

No es, ciertamente, lícito esperar á que el mal esté consumado para tratar de oponerle una barrera; y ninguna barrera es eficaz si no es la escuela cristiana. Esta, en consecuencia, *debe ser establecida*.

Esta conclusión, deducida de los principios teológicos irrefutables, ha sido, por otra parte, anunciada en términos formales en los escritos pontificales cuyo texto se encontrará luego. Citemos solo algunas palabras de los Obispos belgas, tomadas de la Sagrada Congregación:

“Oportet ut animarum pastores, quaquumque
“possint ope et opera, commissum sibe gregem ar-
“ceant ab omni contagione harum scholarum publi-
“carum. Est autem ad hoc, omnium consensu, om-
“nio necessarium ut catholici ubique locorum pro-
“prias sibi scholas habeant easque publicis scholis
“haud inferiores. Scholis ergo catholicis sive con-
“dendis ubi defuerint, sive amplificandis et perfec-
“tius instruendis parandisque, ut institutione ac
“disciplina scholas publicas adaequent, impense
“prospiciendum est. Sciant itaque parochi *sese offi-
“cio graviter defuturos*, nisi omni quà possunt cura,
“adlaborent *ad scholam catholicam in sua quaque
“parochia originendam.*”

Pero por ser obligatoria no es menos difícil la obra. Para que tenga éxito es preciso orar, hablar y obrar.

La oración. La oración humilde. perseverante y

confiada es el gran medio de que disponemos para alcanzar la ayuda del cielo. Al que se queja de su miseria y gime bajo el peso de sus males se le puede decir siempre con el Apóstol: “*non habetis, propter quod non postulastis.*” La falta de oración causa nuestra indigencia y nuestra debilidad.

El sacerdote que nõ encomendase á Dios, con todo el fervor de que sea capaz, el éxito de una empresa que tiene por fin proteger á los niños contra las oleadas de la impiedad que amenaza sumergirlos, se expondría á graves decepciones, y de este modo pagaría la culpa de su presunción.

La salvación de las almas no es cosa que pueda realizarse por solo el esfuerzo humano. Todos los cristianos lo saben, pero lo que importa es recordarlo en el curso de la lucha actual. Oremos pues, y hagamos á otros orar, ya sea en los hogares, ya al pié de los altares á las almas piadosas y devotas, á los padres de familia y á los mismos niños. Organizemos una ligã especial de oraciones en las congregaciones, en nuestras parroquias, cuidando de fijar ciertos dias para practicar las comuniones generales. La acción del confesor puede secundar muy bien la de los párrocos.

En Bélgica, una fórmula de oración, aprobada por el episcopado, tiene su lugar señalado en las Misas de los domingos. Héla aquí tal cual la leemos en una orden del 31 de Enero de 1879:

“Cierto es, ¡oh Dios! que los enemigos de vuestro
“Santo Nombre y enemigos nuestros, han jurado la
“pérdida de nuestras almas, rescatadas por la san-
“gre de Nuestro Señor Jesucristo. Extinguir la fé

“en el corazón de los belgas, ahogar su germen en
“las almas de los niños, entregar la juventud en ma-
“nos de maestros, si nó ateos, por lo menos forzosa-
“mente indiferentes, sustraer á sus miradas el signo
“sagrado de la redención, prohibir las oraciones en
“la escuelas á los niños, separar y paralizar la ac-
“ción de los sacerdotes, ahí donde su misión hace
“indispensable su presencia. . . . tales son los desig-
“nios que se revelan á nuestros ojos y que nos han-
“den en un mar de tristeza!

“¡Ah Señor,! no permitais que los impíos arran-
“quen las raíces de la fé del suelo patrio, arrebaten
“á la Bélgica su glorioso título de católica, y roben
“á nuestro pueblo fiel y laborioso los consuelos y
“las esperanzas de la religión!

“Confíados en vuestras promesas y en vuestra
“misericordia os rogamos que tengais piedad de
“nosotros! Unidos á los ruegos de la Augusta é In-
“maculada Virgen María, Madre de vuestro Hijo y
“amparo de los cristianos; á los del glorioso patriar-
“ca Señor San José, protector de la Bélgica; á los
“de los primeros apóstoles de nuestro territorio; á
“los de los ángeles guardianes de los niños de nues-
“tra patria, os decimos con una piadosa reina de
“los Libros Santos. “Señor salvad á vuestro pue-
“blo, salvad á las almas que amais. Salvad á la Bél-
“gica que os ama y quiere guardar la fé de sus pa-
“dres!

(Un Padre nuestro y una Ave María.)

“De las escuelas sin Dios y de los maestros sin
“fé, libradnos Señor! “Así sea!

En Francia podemos reemplazar esta oración tan
conmovedora por el Padre nuestro y el Ave María

para alentar las preocupaciones dolorosas, pero ne-
cesarias de las almas cristianas.

Instrucciones.— Mas para que los fieles se pene-
tren de la necesidad de la oración, y en general com-
prendan la extensión de la obligación que les incum-
be en las presentes circunstancias, debe de hacerse
oír la palabra del sacerdote.

No obstante, preciso es confesarlo, este punto es
particularmente delicado, á causa del espionaje or-
ganizado cerca del púlpito en nuestros templos.

Así, no causará sorpresa el que abriguemos tras
de una autoridad irrecusable, los consejos que da-
mos aquí á nuestros hermanos en el sacerdocio.

He aquí las propias palabras de los Obispos bel-
gas á este respecto:

“At vero in ipsa propugnatione ac defensione re-
“ligionis, si cura diligentiaque et constantia juxta a
“laicis religiosis et a clericis adhibendae sunt, prae-
“terea vobis, eximii Domini, maxima cautione et
“moderatione semper opus erit, sed tum praecipue
“quum é suggestu sacro concionem habituri estis
“ad populum de scholis catholicis erigendis et fre-
“quetandis; ne forte verbum ex ore vestro temere
“emittatur quod aut ludimagistris publicis inferat
“injuriam, aut magistratus, leges et jura civilis pro-
“testatis appugnet.

“Qua propter vobis districte praecipimus ut ca-
“veatis, ne ad populum ex Cathedra, vel ad pueros
“in cathechesibus tradendis, de ipsa Belgica lege
“scholari, aut de mandatis sive actis quibuslibet ma-
“gistratus publici verba faciatis; hujusmodi namque
“inconsulta adversus civilis potestatis sive ministrus
“sive acta contentio, non modo plerumque frustra,

“verum etiam non sine periculo persecutionis in vos movendae haberetur. Attendite ergo vobis et parcite lingue ne vituperetur ministerium vestrum.”

Para conformarse con tan sabios consejos, los sacerdotes deberán prohibirse absolutamente en el pulpito toda alusión directa, toda personalidad, y atenerse á la exposición de los principios generales contenidos en las cartas del Sumo Pontífice y á los mandatos de los obispos.

Aun reducida á estas proporciones y contenida en sus justos límites, la predicación acerca del asunto de las escuelas, no está siempre exenta de inconvenientes en ciertas parroquias, en las que el espíritu sectario quiere apoderarse del mas leve pretexto para excitar las perturbaciones y provocar los escándalos. Si creen pues que deben hablar, los curas procurarán también, no dejar nada al azar de las improvisaciones, y sabrán, cuando llegue el caso, escribir las instrucciones que su conciencia les dicte hacer á los pueblos.

A mayor abundamiento, no olvidemos que al lado de los sermones queda lugar para los consejos en las confesiones y en las conversaciones privadas. En este terreno el sacerdote está completamente al abrigo de las protestas ruidosas, de las denuncias escandalosas y de las persecuciones judiciales. Si hubiese parroquias en las que estas advertencias juntas á las conversaciones privadas, fuesen impotentes para determinar un movimiento marcado á favor de las escuelas libres, creemos que pudieran recurrir á la difusión de folletos y de tratados por la mediación de los laicos fieles. Lo esencial es no desesperar y emprender algo: la vida como la muer-

te es comunicativa. Tal parroquia que parecía adormecida, indiferente, y casi hostil, ha sido despertada y regenerada por los esfuerzos de un solo hombre.

La acción por medio de la fundación de escuelas católicas.—Después de haberse asegurado la ayuda de Dios por oraciones fervientes; después de haber intentado por medio de conferencias públicas ó privadas atraer la benévola atención de los fieles hácia la obra que proyecta, el cura pensará en arbitrase los recursos que exijan la fundación y el sostenimiento de las escuelas.

Correspondencias, visitas, viajes, gestiones múltiples; todo puede servir á tan noble designio. Es preciso resignarse á hacer el papel humillante á veces, de limosnero y aceptar por Dios, de antemano, las burlas y los ultrajes de los unos, las impaciencias y las denegaciones de los otros.

A muchos les parecerá esta carga ingrata y repugnante; es muy cierto; pero más tarde, al ver madura la cosecha, comprenderán que sería menos copiosa si los surcos hubiesen sido abiertos con menos afanes y azotados por menos tempestades. Y aún cuando esto no fuese así, aún cuando un mal éxito doloroso viniese á arruinar su generosa empresa, llevarán por lo menos al sepulcro la preciosa satisfacción de haber cumplido con su deber. Recordemos que siempre el mérito ha vivido á costa de esfuerzos y de sacrificios, y que en ciertas épocas de perturbaciones es preciso ser un héroe para permanecer hombre honrado.

Cuando en la época del Terror, se exigió á los sacerdotes franceses que renegasen de la fé de su

bautismo, y renunciasen al sublime ministerio, que aquella série de crímenes hacía mas necesario ¿podían acaso hacerlo para librarse del patíbulo? no, sin duda alguna.

Al presente, si se nos quisiese impedir á nosotros mismos la administración de los sacramentos, comprenderíamos que ningún poder humano puede prevalecer contra los mandatos de la conciencia, y sabríamos afrontar la muerte por permanecer fieles á nuestros deberes. Mas este fondo de energía que sentimos en el corazón ¿por qué hemos de dejar que se pierda en la inacción? ¿Qué esperamos para luchar? Para la infancia el peligro es inmenso; para nosotros la gravedad de nuestras obligaciones es indiscutible. La vacilación no es pues, permitida!

Perdónensenos estas instancias reiteradas, estas llamadas incesantes en favor de una causa que parece concentrar desde luego todas las buenas voluntades. No dudamos decirlo: cosa verdaderamente extraña el ver con cuanta facilidad llegamos á veces á forjarnos ilusiones acerca de los deberes mas evidentes y mas graves!

Cuando se trata de abusos escandalosos que van á introducirse en una parroquia ó en una región entera, al punto se ve que los sacerdotes se consultan, se comunican sus medios de defensa, discuten la manera de ponerlos en práctica y la oportunidad para hacerlo; y de este acuerdo nace una resistencia enérgica que logra atenuar el mal cuando no consigue extirparlo completamente.

Mas he aquí que en Francia la revolución triunfante ataca á las almas de los niños con audacia extremada. No es tal ó cual punto de la disciplina ó

de la moral el que se ve amenazado; es la misma la que se mina, es la impiedad la que hace irrupción. Ya en multitud de parroquias muchos niños siguen docilmente las lecciones y los ejemplos de los profesores impíos; hacen alarde sacrílego de burlarse de nuestras prácticas religiosas y de negar á Dios abiertamente. ¿Y qué es lo que acordamos nosotros en común? ¿Qué es lo que hacemos en vista de eso? Ah! Nadie lo puede dudar: hemos llorado amargamente, cuando esa funesta ley apareció por la primera vez, consagrada por el poder público. Después, protestamos ante nuestros hermanos y ante Dios. Los más activos, ó si se quiere, los mas favorecidos de entre nosotros, ya han reunido cantidades importantes para fundar escuelas y asegurar su subsistencia: y así es como, en ciertas parroquias, que la Providencia habrá sin duda señalado con un signo de predestinación, se puede ver á los Hermanos y á las Hermanas, consagrarse con éxito, á salvar á la infancia, á la faz misma de los emisarios del gobierno. Estos resultados son un tanto consoladores en estos tiempos de desaliento universal, y no podemos olvidarlos en modo alguno.

Mas en las Provincias, aun las mas cristianas ¿cuál es la parte exacta del bien y la del mal? ¿La mayoría de las parroquias no está acaso sometida al yugo de la escuela sin Dios? ¿Lo que algunos sacerdotes celosos han hecho, han intentado hacerlo todos? Interroguemos á nuestras conciencias con toda sinceridad en este punto.

Llorar y protestar no es bastante.

Se sabe por todos, aquella picante frase dirigida á cierto hombre de Estado, tan dado á hacer dis-

cursos como remiso para obrar; „cuando ha hablado, cree que ha obrado.” No permita Dios que el clero francés merezca semejante reproche, en asunto en el que la inacción se llama por su verdadero nombre: “*deserción y cobardía!*” El ejemplo de una nación vecina, está demasiado reciente y es harto brillante para que, sin caer en falta, dejemos de imitarlo.

La Bélgica en el espacio de algunos años, ha llegado, á fuerza de energía y de sacrificios, á llenar sus provincias con escuelas cristianas, que han servido en espera de un desquite político, para abrigar á las dos terceras partes de la población escolar (1) ¿Por qué la Francia, olvidando su misión, se dejaría sobrepasar en este glorioso combate por la causa de Dios y de la Iglesia? ¿Por qué los sacerdotes franceses, cuyo ardor por propagar la fé en lejanas regiones es conocido del mundo entero, no temerían ver apagarse en su propio país la antorcha de la fé cristiana?

Para salvar ó para perder la religión, nada habrá jamás como la escuela.

(1) Consignamos aquí los resultados obtenidos en menos de tres años. En 1878, cuando las escuelas del Estado eran católicas, sobre 687,749 niños que frecuentaban las escuelas, 597,614 concurrían á las Escuelas del Estado y 90,125 á las Escuelas libres, es decir 87 por ciento de un lado y 13 por ciento del otro. Diez y ocho meses después, hacia 1880, 455,199 concurrían á las Escuelas libres y 294,356 á las Escuelas llamadas neutras. En otras palabras: las Escuelas católicas libres habían subido del 13 al 61 por ciento y las otras habían descendido del 87 al 39 por ciento. Después de 1880 la proporción en favor de las escuelas católicas creció considerablemente, porque la creación de estas fué completada

Para poder, sin remordimientos aunque no sin dolor, pasarse sin la escuela religiosa, es preciso hallarse en la imposibilidad absoluta de establecerla.

Ahora bien, en la mayoría de los casos, no existe felizmente tal imposibilidad.

Vamos á convencernos de esto, pasando en revista las dificultades que habitualmente señalan los partidarios de la inacción.

V.

Primera dificultad: la restauración de las iglesias y presbiterios.

“En multitud de partes, se dice, hay una iglesia por reconstruir ó por edificar.”

Esta máxima, según la cual, la escuela no ocupa actualmente el primer rango entre las obras parroquiales, es la expresión de un grave error.

Seguramente la restauración de un templo ó de una iglesia parroquial, es digna de todo elogio; pero en las parroquias destruidas ó tan solo amenazadas por la enseñanza laica, es á la escuela primeramente, á la que el sacerdote debe de consagrar todos los esfuerzos de su celo. ¿A qué fin tiende, en efecto el ministerio sacerdotal, y qué es lo que pretendemos hacer durante nuestra vida? Sin duda alguna debemos tomar en las manos con toda la energía y con toda la constancia de que somos capaces, los intereses de la Iglesia que nos ha conferido la suprema honra de afiliarnos entre sus defensores titulados. Empero la Iglesia no es mas que el *cuerpo místico* de Cristo, y como todo cuerpo sometido á las condiciones de la existencia terrenal, tiene neces-